

32

Una vida, UNA NOVELA



LA DINAMICA
ESTRELLA
DE LOS MIL
YUN NOVIAZGO

— * —

Un ruidoso
fracaso en
la Televisión

— * —

LOS HOMBRES
LA ADMIRAN,
PERO LES
ESPANTA SU
VITALIDAD

2
PTAS.

BETTY HUTTON

¡Están a la venta!

INGRID BERGMAN.—La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».



Una vida, UNA NOVELA RAF VALLONE



RAF VALLONE—Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.



JAMES STEWART.—Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idílicos con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

UNA VIDA, UNA NOVELA

BETTY HUTTON

- ◆ Desde muy niña sintió gran afición por el canto y la danza.
- ◆ Un carácter a menudo demasiado impulsivo.
- ◆ El miedo al fracaso estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera.

Volumen n.º 32
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 17. VAN JOHNSON |
| 2. JOHN WAYNE | 18. AVA GARDNER |
| 3. HEDY LAMARR | 19. ALAN LADD |
| 4. ERROL FLYNN | 20. SUSAN HAYWARD |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 21. ROBERT TAYLOR |
| 6. MARILYN MONROE | 22. RITA HAYWORTH |
| 7. GARY COOPER | 23. TYRONE POWER |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 24. JUDY GARLAND |
| 9. ROCK HUDSON | 25. KIRK DUOGLAS |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 26. AUDREY HEPBURN |
| 11. CLARK GABLE | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 12. LESLIE CARON | 28. JOAN CRAWFORD |
| 13. GREGORY PECK | 29. RAF VALLONE |
| 14. GRACE KELLY | 30. INGRID BERGMAN |
| 15. FRANK SINATRA | 31. JAMES STEWART |
| 16. SILVANA MANGANO | 32. BETTY HUTTON |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial
enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyrigth by Ediciones Cinematográficos, Spain

EDICIONES CINEMATOGRÁFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

BETTY Hutton, la rubia explosiva del cine americano, en la plenitud de sus facultades interpretativas, a los treinta años esplendorosos, aparece en el escenario de Las Vegas la noche del 8 de noviembre de 1954 y, después de escuchar mociónada los aplausos del público delirante al terminar su actuación en «Desert Inn», explica su decisión de retirarse y dar fin a su vida artística para dedicarse a su hogar y a sus hijas, la pequeña Lindsay, de ocho años, y Candy, de seis. Sus primeras palabras fueron recibidas con desconcierto. Betty tenía los ojos húmedos, y su semblante denotaba una tristeza casi extraña en ella. El público, en un principio exclamaba: «¡No, no!» incansablemente; luego Betty elevó su voz con más fuerza, una voz que surgía desgarrada y confusa, y se hizo el silencio, un silencio expectante, como de emociones contenidas.

—No puedo soportar por más tiempo la fatiga que me producen las actuaciones —dijo Betty, entre sollozos ahogados— y he decidido poner fin a mi carrera artística. Me retiro de la escena; estoy cansada y no tengo ya ilusión por todo esto que ha sido durante toda mi vida la justificación de mi existencia. Me voy a convertir en una buena ama de casa...

No la dejaron terminar. Se inició un murmullo; Betty había hecho una pausa para contener el llanto sincero que pugnaba en su interior por manifestarse; habló de nuevo, su voz era cansada y lejana, como si realmente ya hubiera comenzado a alejarse de aquel público al que momentos antes.

en su última canción, había parecido llevar toda su vitalidad y su arte.

—Me voy a convertir en ama de casa —repitió—. En una mujer tranquila y reposada. Esto se ha acabado. ¡Adiós a todos! Os debo todo lo que soy y os doy las gracias por ello.

Se alejó precipitadamente del escenario, sin tener ya sus lágrimas. Se creía una mujer vencida; era como si toda aquella fuerza de voluntad que había demostrado siempre, su energía indomable, no hubiera existido jamás en ella. Las lágrimas se deslizaban lentas y marcaban un surco en su rostro; el maquillaje ya no importaba, ahora todo iba a ser distinto. Entró en su camerino y quedó de pie ante la puerta cerrada; desde allí escuchaba todavía los aplausos y las voces incansables que repetían «¡No, no!». Betty se preguntó si realmente aquel público era sincero al pedir que no se retirara.

—El público exige siempre —se dijo triste—, pero yo no puedo hacer más. No quiero escuchar esas voces, me dicen demasiado claro que no abandone la escena. Me siento cansada de verdad.

Luego se dirigió al tocador, se sentó ante el espejo y miró la imagen que éste reflejaba. Una mujer rubia, pelo corto y rizado, boca grande y bien dibujada, ojos fatigados. Aquella era la mujer que pasaba por los escenarios como la rubia de fuego. Permaneció durante unos instantes con las manos en las sienes y la cabeza baja. Llamaron a la puerta insistentemente, y guardó silencio; tal vez ni siquiera había escuchado el golpear. Luego, sin saber a ciencia cierta cuánto tiempo había transcurrido, vio junto a ella a su doncella.

—No te necesito. Por favor, ve y di que deseo estar sola, que no me molesten. Ya te llamaré.

Otra vez en la habitación en silencio y Betty levantó los ojos hacia el espejo, se pasó las puntas de los dedos por la frente despejada y amplia. Intentó sonreír:

—Estás vencida, Betty —se dijo—. Tú decías que siempre serías una mujer fuerte. Has cambiado, estás deprimida física y moralmente, la otra noche te desvaneciste antes de la actuación. Ya se ha acabado todo. Estás derrotada. Una mujer de treinta y tres años que se recluirá en el hogar sin marido; sin otra actividad que el cuidado de las niñas, mis hijas...

Suspiró fuerte y comenzó a limpiarse el maquillaje estropiado. Concluía de arreglarse cuando sonaron unos golpes energéticos.

—¡Abre, Betty! Es preciso que hablemos...

Era una voz varonil y decidida; no esperó la respuesta y entró. El hombre, de unos cincuenta años bien llevados, pulcramente vestido y peinado, cogió a Betty por los hombros violentamente.

—¡Betty! Es una locura. Tú no puedes abandonar tu carrera cuando estás en la cumbre. Es totalmente absurdo.

El hombre que había hablado era Vicente López, director de orquesta y descubridor de la Betty incontrolable de los quince años. Betty no hizo el menor esfuerzo por soltarse.

—Si puedo, acabo de demostrar que podía hacerlo. Estoy francamente cansada, he sido sincera.

López la obligó a sentarse en una butaca y quedó frente a ella, sentado en la silla del tocador que antes ocupara Betty. Vicente López, moreno, con

algunas canas en las sienes, bigote recortado y ojos profundos que se clavaban como un instrumento cortante, conocía bien a la mujer que estaba frente a él; había sido el primero que creyó en ella. Sabía cómo hablar a Betty, sincera en todo, hasta en esta última actitud tan ilógica. Procuró ser amable y su voz perdió violencia para tornarse más suave.

—Sí, Betty; sé que no has mentido cuando has explicado al público tus razones; y sé también que es cierto tu cansancio; se puede leer en tus ojos; pero también sé que este momento debe pasar para ti. Significan demasiado los escenarios en tu vida, el cine; han jugado un papel muy importante, te han formado, Betty, y ahora no puedes alejarte por una fatiga justa pero accidental.

Betty, frente a Vicente López, se sentía más débil. Ante él no tenía que fingir. El conocía lo bueno y lo malo de ella; conocía su sinceridad. Vicente López la miraba limpiamente, con un cariño franco y desinteresado. Ella comenzó a llorar de nuevo, como una chiquilla, y él trató de consolarla.

—Vamos, Betty. Puedes llorar cuanto deseas sin pensar en el rimmel —bromeó.

—Soy muy desgraciada —sollozaba—. No tengo la más mínima ilusión.

—Eres una mujer fuerte, lo sé positivamente. ¿Sabes que lo que más me impresionó de ti, cuando eras una jovencita de quince años, fue tu explosivo dinamismo?

—Soy una anciana.

—Bueno, es lo que te faltaba decir: una anciana reumática y achacosa de treinta y tres años, ¿no es

así? ¡Bravo, Betty! Siempre has sido imaginativa. Comprendo perfectamente que estés deprimida; de otra forma jamás una mujer estupenda, que vuelve locos a los hombres, se llamaría anciana.

López hizo una pausa, sacó su nítido pañuelo y secó las lágrimas de ella.

—Mira, Betty —continuó—, tú no confesarás ser una anciana ni a los ochenta años, ¿comprendes? Esta frase tuya la he olvidado ya y queda sepultada en tu camerino.

—Estoy muy triste... —dijo mímica—. La televisión me ha vencido.

—Sí, estás deprimida, lo comprendo, y tienes que recuperarte. Tu actuación en la televisión no puede deprimirte hasta ese extremo. Max Liebman me confesó que eso podía haberle sucedido a cualquier otra persona. No tiene importancia; no debes pensar más en ello. Anda, empolva tu nariz y te llevaré a casa. Necesitas dormir y serenarte.

—¿Sabe algo Livingstone? —preguntó ella más tranquila, mientras cogía la espléndida caja de flores con que había sido obsequiada.

—Acabo de avisarle, ya sabes que no estaba en el local esta noche.

Subieron al coche y no dijeron nada mientras se dirigían hacia la casa de Marion, la hermana de Betty que vivía en Las Vegas. Al llegar, López le abrió la portezuela y le ayudó a descender.

—Vamos, Betty, no llores más. Dentro de unas semanas, al recordar esta noche, serás capaz de sonreir —le dijo.

Se despidieron. Vicente esperó junto al coche hasta que Betty desapareció detrás de la puerta.

—¡Pobre Betty! —pensó—. La espera una mala noche, está deprimida.

En efecto, Betty, en la soledad de su habitación, iba a pasar una mala noche. Estaba nerviosa e impresionada; no podía dormir en aquel estado de ánimo. Fue a sentarse en un butacón de cretona de un amarillo chillón que estaba junto a la ventana. Hasta ella llegaba el rumor del agua de un pequeño surtidor, lo veía a través del reflejo pálido de un cielo de otoño. Todavía dejó deslizar las lágrimas durante unos minutos; luego cogió la gran caja y separó las rosas. Abrió la caja y en su interior vio una gran bandeja de cristal de Francia; la depositó en el suelo, junto a las rosas. Allí, cerca de ella, en una mesita, vio un álbum de fotografías forrado en piel de Rusia, en un ángulo estaban las iniciales de su hermana. Marion había recogido en aquel álbum todos los recuerdos de la carrera de Betty. Dejó correr los dedos por sus lágrimas y comenzó a serenarse. Allí estaban sus triunfos, sus éxitos clamorosos, su viaje a Londres en compañía de Ted Briski, su primer esposo, una foto con Candy en los brazos, en los Estudios de la Paramount; una fotografía de sus principios, todavía con calcetines, y otra con Marion; ahora recordaba que la foto la hizo un alemán que fue a comprar la cerveza que fabricaba su madre... El pensamiento de Betty retrocedió y evocó su infancia, los años ya lejanos en que creía que cantar y bailar lo era todo en la vida, cuando todavía no pensaba que un afecto fracasado, una depresión, un sentirse sola, sin un cariño fuerte en quien descansar, le harían abandonar su arte, su vida misma en el teatro. Su segundo matrimonio

había fracasado, su actuación en la televisión también. ¡Qué lejos quedaban estos recuerdos de sus éxitos junto a la realidad presente! ¡Qué lejos quedaba sobre todo su infancia...!

* * *

Betty nació el 26 de febrero de 1921, en Battle Creek, Estado de Michigan. Su verdadero nombre era Elizabeth Thornburg, y fue la segunda de las hijas del matrimonio Thornburg. Su hermana Marion tenía dos años cuando ella nació, y la proximidad de su edad hizo que pronto se acostumbrasen a no prescindir una de la otra ni en los juegos ni en ninguna de sus actividades infantiles.

Betty era a los dos años una chiquilla pecosa, rubia y de ojos alegres. Jugaba con las muñecas y pretendía que ellas bailasen a su alrededor con la misma gracia que ella imprimía a sus piececitos alados. Intuitivamente se desesperaba porque las muñecas se limitaban a mirarla con sus grandes ojos inexpertos y ni un solo movimiento se articulaba en sus cuerpecitos inanimados.

—Betty, la muñeca no bailará nunca como tú. No debes desesperarte por ello. Tú bailas por las dos, hija —decía su madre al ver los esfuerzos de la niña.

—¡Es tan bonito bailar...! ¡Yo quiero que baile! —gritaba testaruda—. ¡Quiero que baile!

Y comenzaba de nuevo la lección, y otra vez se desesperaba. Y la señora Thornburg reía nuevamente.

Aquella risa cantarina que tanto gustaba a Betty desapareció pronto de los labios de su ma-

dre. Fue pocos días después de los intentos de la niña por enseñar a danzar a su muñeca. De pronto su madre había dejado de reír y por primera vez vio su rostro joven cubierto de tristeza y humedecido por las lágrimas. A Betty este nuevo aspecto de su madre le pareció inaudito e incomprendible; no entendía qué podía suceder. Su madre era una mujer joven, alegre y fuerte, y las lágrimas eran extrañas en aquellos ojos grandes. Marion tampoco pudo aclarar las dudas de la pequeña Betty. Y las palabras de su madre no dieron demasiada luz a su mente.

—Papá ha emprendido un largo viaje y no sé si volverá algún día... —le había dicho con voz rota y lejana.

En su escasa edad, fue cuando el padre, no obstante el atractivo y las cualidades de su esposa, huyó lejos de su hogar y de sus dos hijitas. No volvió a ocuparse de ellas, y sólo en cierta ocasión recibieron una postal en que preguntaba por su salud.

La madre de Betty era una buena mujer que supo sobreponerse a su fracaso matrimonial con entereza. Se trasladó con las dos niñas a Detroit y allí decidió luchar por ellas, por lo único que se mantenía por encima del fracaso de su vida, por su único tesoro. Fueron días de penalidades, abatimientos, y vuelta a empezar. Finalmente consiguió un empleo de tapizadora de coches; no era un empleo fijo, pero mientras durase, sus hijas estaban a salvo. Era preciso que las abandonase de la mañana a la noche, pero detrás de aquel sacrificio que suponía la separación y el trabajo penoso, la señora Thornburg experimentaba el sufrimiento de

pensar que cada nuevo amanecer podía ser el último de su colocación. Era tal el miedo a quedarse sin aquel reducido ingreso, que finalmente se decidió a emprender otro trabajo por su cuenta en su propia casa, junto a Marion y Betty. Y así comenzó a elaborar y vender cerveza en su propio domicilio. A ninguna de las tres les faltaba decisión. Marion aportó también su idea:

—Mamá, yo creo que tendríamos más clientela si Betty y yo aprendiéramos alguna canción y bailásemos para ellos... —insinuó ilusionada.

—¡Qué bien! —exclamó Betty palmoteando—. Verás cuántos clientes vendrán.

La madre besó a las dos niñas y sonrió con un dejo de tristeza.

—Sois mi mejor tesoro, queridas —dijo con ternura. Y luego más alegre—: Estoy segura que nos haremos célebres con vuestros cantos y mi cerveza.

Marion y Betty demostraron en seguida ser toda una promesa de bailarinas, sobre todo la gracia y armonía de movimientos de aquella menudita Betty de cinco años, que despertaba la simpatía sólo con mirar a los ojos. A Betty le gustaba cantar y bailar, se sentía realmente en su elemento cuando lo hacía. A menudo decía a su madre con encantadora sencillez mientras hacia piruetas por la habitación:

—¿Quieres, mamaíta, que me invente otro baile mañana para que estén más contentos? ¡Así vendremos más cerveza...!

Sus primeros bailes fueron esos inventos, verdaderas filigranas con las que la niña, dando vueltas y más vueltas apoyada en sus menudos piececitos, parecía desalar al viento. Su seguridad su vitalidad

sugestiva contagiaba ya sin que la niña se percatase.

* * *

Apenas apuntaba su adolescencia, Betty, pecosa, de cabello corto y rubio, se convirtió en una mujercita vigorosa y dinámica que prometía ya ser la magnífica mujer llena de vitalidad y desenvoltura que más tarde conquistaría la fama. Quería seguir con sus canciones; había comenzado todo como un juego, pero ahora comprendía con claridad que no prescindiría de aquel ritmo que llevaba dentro. Su madre advirtió sus ilusiones y temía por ella. Betty era fuerte, pero el camino que pretendía seguir era demasiado duro.

—No tienes ningún apoyo, hija. No conocemos a nadie que pueda recomendarte, eres todavía una niña y no te aceptarán en ninguna parte.

—Mamá, hasta ahora hemos luchado por lo que creímos que era la única forma de salir adelante. Sé que todo es difícil y que más de una vez me sentiré desfallecer, pero quiero ser tenaz como lo has sido tú. Creo que es mi verdadera vocación. Llegará un momento en que todo estará ya en su sitio, y tú tendrás la comodidad que deseas para ti, por todo lo que has sufrido por nosotras.

Betty, sentada a los pies de su madre, apoyaba la mejilla en sus rodillas. Había oscurecido, sólo la claridad de la luna acentuaba la blancura del rostro de Betty. Su madre acariciaba los cabellos rizados de la chiquilla y cerraba los ojos en un esfuerzo de guardar dentro de ella aquél momento de intimidad en que su hija había hablado serena y confiada.

—No quiero desilusionarte, pequeña. Deseo para ti lo mejor —dijo a media voz—. Para mí no pido más que lo que tengo.

—Yo pediré por ti, mamá. Pediré poder sacarte de estas cuatro paredes y tenerte como deseo. Pediré que no tengas que volver a fabricar y vender cerveza... y pediré sobre todo ¡un buen abrigo de pieles para ti!

La señora Thornburg reía francamente. Otra vez surgía impetuosa la inquietud y la rebeldía de Betty.

—A veces temo que pueda destruirte tu propia fuerza, hija.

Y Betty, aquella Betty que un momento antes hacía temer a su madre por su energía, se entriscaba, bajaba su cabeza y sollozaba.

—¡Animo, Betty! ¡Mírate en mí! —animaba su madre.

* * *

En el colegio, Betty aventajaba siempre a sus compañeras en los estudios y en el deporte. A los trece años era una alumna aventajada, una deportista insustituible en hockey sobre hielo y una amiga disputada por todos por su alegría y su entusiasmo. Pero ella deseaba dedicarse a la música moderna y no cesó hasta ser admitida en una banda de una localidad veraniega de Michigan.

Triste en extremo este primer debut para la jovencita. Aquella orquesta actuaba poco tiempo en cada pequeña ciudad y no bien transcurrido un año Betty conocía ya infinidad de hoteles y miserables clubs nocturnos en que cantaba canciones tire-

lesas. Una mañana, decidida a dejar aquel trabajo penoso y oscuro, hizo recuento de sus pequeños ahorros. Los tenía guardados en una cajita blanca, recuerdo de una de aquellas pequeñas ciudades que recorriera con sus canciones.

—Veinte, cuarenta, ochenta y dos, noventa y cinco, ciento cuarenta y tres... y doscientos. ¡Doscientos! —gritó, besando con alegría su último dólar.

Corrió en busca de su madre.

—¡Mamá! Tengo doscientos dólares, todos mis ahorros de este año de trabajo por esos mundos. Espero que sean el principio de nuestra fortuna.

—¿Y cómo? —preguntó asombrada su madre.

—Quiero ir a Nueva York y hacerme famosa, ni más ni menos —contestó.

—¡Cuidado, Betty! No vayas a perder tu fortuna.

* * *

Betty llegó a Nueva York, la ciudad soñada, la ciudad ruidosa y dinámica. Los sueños de Betty no se hicieron realidad allí; nada consiguió excepto consejos. A su regreso a Detroit, Betty había gastado sus doscientos dólares, sus maletas estaban estropeadas y sus zapatos viejos y llenos de polvo.

Y de nuevo Betty, entre aquellas cuatro paredes, volvió a bailar y cantar con voluntad férrea. Y sus bailes parecían ahora haber conseguido una mayor desenvoltura, una fuga vertiginosa y llena de impetu. Sólo a veces se interrumpía para decir a su madre, que la contemplaba desde un pequeño ángulo, acurrucada casi para no estorbar su danza:

—Hasta aquí de largo, hasta los mismos tobillos, será el abrigo de pieles que muy pronto te compraré.

Una risa sonora y feliz era la respuesta de la señora Thornburg cuando salía a preparar más cerveza dejando a Betty convertida en un verdadero ciclón.

Actuó en varias orquestas de aquí para allá, sin desfallecer, con el dinamismo desenfrenado que irradiaba de toda ella y llegaba a los públicos de forma tempestuosa. Así se sucedieron dos años y llegó el invierno de 1938, que fue definitivo para Betty Hutton.

Betty actuaba en una orquesta de un hotel de Lansing. Fue una de aquellas noches en que cantaba absorta, sin pensar en otra cosa que en las notas que escuchaba, como si estuviese sola frente a la naturaleza, olvidada casi de sí misma. Un hombre joven entró decidido y se sentó en la barra del bar en el mismo instante en que ella lanzaba su primera frase. El hombre, alto, moreno, joven, pulcramente vestido, quedó impresionado al escuchar a la vocalista rubia, que cantaba «The Dipsy Doodle».

—¿Quién es ella? —preguntó al barman.

—La vocalista, Elizabeth Thornburg. Entre nosotros la llamamos el «ciclón» —contestó con un guinío el camarero.

—Y creo que tienen razón —asintió el desconocido, sin apartar sus ojos inquisidores y profundos de Betty.

El desconocido se llamaba Vicente López y era director de una orquesta de música moderna. Le

había impresionado la actuación de Betty; su corpulencia, sus ademanes, su atractiva simpatía. Cuando le advirtieron que ella había terminado sus dos canciones del programa se marchó. Y lo mismo hizo la noche siguiente, y durante cuatro noches consecutivas. Después se decidió a hablar con ella. La ocasión se le presentó propicia; vio a Betty dirigirse hacia un velador. Un camarero iba en la misma dirección con una bandeja y un servicio, le dio una propina y cogió él la bandeja, cambió aquella limonada por dos copas de champagne y fue hacia el velador.

—Vengo a brindar con la señorita tirolesa — fueron sus primeras palabras.

Betty rio de buena gana, una corriente de simpatía se inició entre los dos apenas conocidos.

—No se burle usted de mí —dijo ella, con un gracioso mohín.

—Nada de eso. Vengo a proponerla que acepte un contrato en mi orquesta. Creo que puede hacerse de usted una estrella de primer orden si se somete a mis consejos. Posee usted las dotes que yo busco. Nunca imaginé encontrar aquí una cantante dotada de tanto entusiasmo.

A Betty, aquel hombre le inspiró confianza desde el primer momento, parecía intuir en él la persona tan ansiada para lograr sus propósitos. Cuando escuchó sus palabras creyó estar soñando y por eso cerró los ojos, para no perder ni una sola sílaba de López. Cuando él terminó ella volvió a la realidad.

—Pero yo no estoy preparada... —dijo temerosa.

—Lo sé. Durante cinco días que he venido a verte sólo te he oído dos canciones tirolesas. Sé

positivamente que es todo cuanto te han enseñado. La verdad es que casi lo prefiero. Será más sencillo empezar desde el principio. Me comprometo a presentarte en el Teatro Fox de Detroit. ¿Hecho?

—¡De acuerdo! —contestó ella, estrechando la mano que él le ofrecía. El alzó la copa de champagne.

—¡Por tu éxito, Betty! ¡Ah! Y recuérdame que busquemos un apellido más apropiado para ti. Cambiaremos tu apellido, tus vestidos, tus modales y la forma en que debes bajar la voz cuando estás sola frente a una persona en un hotel. Gritas demasiado, jovencita.

En el Teatro Fox, Betty no obtuvo el éxito que López y ella misma soñaran, y el desánimo se apoderó de ellos.

—Es lamentable. No estás todavía preparada, tienes sólo dieciséis años y te pido milagros. Cuando termine el contrato regresarás a tu casa, con tu madre.

Las palabras de López fueron para la jovencita como un castigo no merecido. Quedó sola en la habitación sin saber cómo reaccionar. Sabía que las lágrimas en aquel momento no solucionarían nada. López había hablado con voz firme y segura; tenía que hacer algo, le habían ofrecido una oportunidad y no quería regresar a su casa fracasada. Era la hora de demostrar que valía.

—A escena, Betty!

La voz aquella a la que ya se había acostumbrado le impulsó a tomar una determinación; cuando terminase el contrato sería demasiado tarde. Se tranquilizó y decidió resolver su problema.

Llegó la última noche de su contrato. Deses-

perada de tener que renunciar a la carrera en que soñara, estaba dispuesta a darse toda ella en su actuación de aquella última noche. Cuando salió a escena, las luces de los focos le impedían ver al público, pero lo sabía allí, dispuesto a juzgarla. La orquesta comenzó a tocar y en ella se dio la transformación como por arte de magia. Inició una danza demoledora, se convirtió en un verdadero huracán; su mismo deseo de gustar le impulsó a improvisar nuevos ritmos que nunca había ejecutado; tenía ganas de llorar y en su lucha y desespero por evitarlo gritaba, agitaba los brazos, se movía impulsivamente, trasladaba el micrófono, como si toda ella estuviera presa de una crisis nerviosa. Sus últimas notas fueron un verdadero grito en que imploraba a aquel público que la absolviese; fue un grito que invadió todo el teatro. Después, con los ojos cerrados, esperó. Había llegado al límite de su resistencia física y esperaba sin saber con certeza qué esperaba. Y de pronto un griterío, un entusiasmo enloquecedor fue la respuesta a su esfuerzo. Betty había conseguido uno de los más grandes triunfos de la historia del teatro. Saludó una, dos, tres, cinco, siete y hasta eatorce veces, y luego, al entrar entre bastidores, un abrazo emocionado con Vicente López.

—¿Verdad que no me enviarás a casa?

—No, pequeña. Te quedarás a mi lado — contestó López.

Y así fue. Vicente López fue para ella el alma en su carrera artística, él la condujo a los mejores

escenarios de los Estados Unidos y conoció la popularidad y la fama. Allí donde llegaba Betty envolvía al público el huracán humano que simbolizaba.

—Se supera en cada nueva actuación — decía López a los representantes de la Prensa —. Para mí es una novedad el verla cada noche. Parece que se desprende de su propia humanidad en cada uno de los escenarios.

Un año más tarde, entra por la puerta grande de Broadway en «Casa Manana». El público neoyorquino, acostumbrado a juzgar a las mejores «vedettes» del mundo, hace justicia a Betty, y ella triunfa como acaso no había soñado.

«Una nueva estrella de Broadway acaba de nacer», se lee en los periódicos del día siguiente. Y otros: «Ha irrumpido Bety Hutton en Broadway como una bomba y se ha apoderado de todo el público neoyorquino».

Estuvo en «Casa Manana» durante toda la temporada de 1938. Después fue solicitada para interpretar el papel de primera estrella en un gran espectáculo musical en uno de los principales escenarios de Broadway. La obra se titulaba «Two for the Show». Ahora los periódicos le darán el título de «Reina del espectáculo». En el verano de 1940 era la «vedette» de «Panamá Hattie» y surge su oportunidad en el cine. Un estudio de Hollywood había comprado los derechos de la revista musical que Betty interpretaba y creyeron oportuno ofrecer el primer papel a la creadora del «show». Al mismo tiempo, Buddy Sylva, productor de los Estudios Paramount, preparaba el film titulado «The Fleet's In», con Dorothy Lamour y

William Holden, y propuso a Betty que interprete uno de los primeros papeles de su película. Ella pidió consejo a López.

—Debes aceptar la propuesta de Sylva, ofrece más garantías. Es mejor que en el cine empieces con algo totalmente nuevo.

—Lo haré así. Pero tengo miedo de no ser ante las cámaras la misma que en los escenarios.

—Ten fe en ti misma. Triunfarás en el cine —animaba López.

—Allí no estarás a mí lado...

—Búscate en seguida un agente artístico que pueda acnse arte bien, y acude a mí cuando te sea necesario.

* * *

Los altavoces del aeropuerto anunciaban a los pasajeros que pronto iban a emprender el vuelo. Betty caminaba graciosamente del brazo de López hacia el magnífico trimotor que pronto se elevaría hacia el cielo. Era agradable la figura de Betty, recortada junto al gran artefacto: alta, esbelta, con su cintura de veintidós pulgadas y sus ciento veinte libras de peso. Llevaba un elegante traje de chaqueta negro que contrastaba con su cabello de un rubio casi transparente.

—Y no olvides el matiz pastelado. Sabes que es el color que te sienta mejor —recomendó divertido López.

—¡Es cierto! ¿Ves cómo te necesito?

—Y pocas joyas, Betty. Lucen más una a una, sin ostentación.

—Lo sé, caballero —dijo ella burlona—. Y no

debo olvidar tampoco que el perfume se distingue de la colonia en que se paga por gotas y no por litros, ¿no es así?

Vicente López besó en la mejilla a Betty. Unos segundos y el avión ya sólo era un puntito en lo azul. Betty iba al encuentro de su fama en el cine. Todavía López, el hombre que había creído en ella desde un principio, miró hacia arriba unos instantes, levantó la mano en un saludo al infinito con un gesto algo melancólico:

—¡Suerte, mi pequeño volcán! —exclamó.

La suerte acompañó a Betty Hutton. «The Fleet's In» se proyectó en 1942 en todas las salas de Norteamérica y constituyó un éxito rotundo. La película convirtió a Betty en una estrella de Hollywood como antes lo fuera de Broadway. A ella le gustó el mundo de los Estudios, y mandó llamar a su madre. La señora Tohrurbürg recibió la llamada con una gran caja en cuyo interior, aparte de un magnífico abrigo, había una notita que decía: «Mamaita querida. Este es el abrigo que te prometí. ¿Te viene corto? Miles de besos de tu Betty».

Hadía iniciado su carrera cinematográfica y Hollywood se disputaba su trabajo. Filmó «Duffy's Tavern», «Stork Club», «Los peligros de Paulina» en la que era su oponente Mac Donal Carey, «La rubia de fuego», con Arturo de Córdoba; «La reina del Oeste», otro de sus grandes triunfos, junto a Howard Keel...

Poco después de su arribo a Hollywood ya la publicidad se había encargado de adjudicarle distintos compromisos sentimentales: primero con Perc Westmore, el famoso maquillador. La propia Betty,

en 1942, mientras él se encontraba en el Ejército, anunció que iban a casarse. Tres meses después Perc fue licenciado y el proyecto matrimonial se deshizo sin saberse los motivos. Más tarde, durante una función en pro de la compra de bonos de guerra celebrada en el Madison Square Garden de Chicago, Betty, cuando estaba en plena interpretación de una de sus canciones, se interrumpió y gritó:

—¡Creo que a todos os gustará saber una noticia! ¡Acabo de prometerme a Charles Martin!

El propio Charles Martin, manifestó días después:

—Realmente yo he sido el primer sorprendido. Nada sucedió y no volvió a comentarse la noticia.

Sólo tres años después Betty publicó otro compromiso, esta vez con Norman Krasna, escritor, productor y hombre sumamente altivo. Fue un compromiso fugaz: cinco días y sobrevino el rompimiento. La vida sentimental de la estrella aparecía totalmente inestable, hasta qué conoció a Ted Briskin. Era un rico fabricante de cámaras fotográficas de Chicago.

Betty actuaba en un club nocturno de Chicago y Briskin se sintió hondamente impresionado por la espléndida mujer que tenía ante él.

—Es usted la mujer con más personalidad que he conocido —dijo él cuando se dirigió hacia ella—. ¿Quiere bailar?

Betty aceptó y sin apenas darse cuenta se deslizó por la pista estrechada fuertemente por aquel hombre apuesto, joven y simpático que la miraba sonriente como a través de una bruma. Parecía

intuir junto a Ted una fuerza irresistible, capaz de vencer la suya propia.

—Estoy enamorado de ti, Betty —dijo él poco después, cuando le acompañaba a su casa.

Aquellas palabras fueron para ella como algo natural. Aceptó la frase con toda la lógica de que ella era capaz.

—Yo también te quiero, Ted —contestó.

Ted detuvo el coche y la rodeó con sus brazos.

—Nos espera toda una vida de felicidad. ¿Cuándo nos casamos, Betty?

La estrella no contestó, le ofreció sus labios. Luego permanecieron uno junto a otro sin hablar. Finalmente, Ted repitió la pregunta.

—¿Cuándo nos casamos, querida?

—En seguida, Ted. No podemos perder ni un solo minuto de nuestra vida. Me sería muy difícil separarme de ti.

El sonrió abiertamente y acarició su cabello.

—Imaginaba que contigo todo sería así, como una tempestad.

Una semana después, en una fiesta que se celebraba en el Waldorf Astoria, anunciaron formalmente su compromiso. A pesar de su felicidad, Briskin pasó un mal momento cuando tuvo que convencer a todos los asistentes de que era fabricante de cámaras cinematográficas y no un mimado de la fortuna que vivía sin trabajar.

La boda se celebró el 2 de septiembre de 1945. En seguida emprendieron acompañados de la madre de Betty un viaje a Londres; allí la estrella tenía que actuar tres semanas en el «Palladium», donde consiguió uno de los éxitos más fulgurantes que se conocen en la historia del teatro

británico. Betty alcanzó una gran popularidad entre los flemáticos ingleses.

Del matrimonio nacieron dos niñas: Lindsay y Candy. Betty demostró ser una excelente esposa que se tomaba gran interés por los negocios de su marido y una madre encantadora que dormía a sus niñas con una canción.

—Quisiera que me dejases ir contigo a la fábrica, creo que podré serte útil —le dijo en cierta ocasión en que él le preguntaba su parecer sobre una partida que debía vender.

—De acuerdo, Betty. Era una sorpresa que te preparaba. Desde mañana puedes ir a ocupar tu puesto en las oficinas. He habilitado un despacho para ti.

—¡Es maravilloso, Ted! ¡Cuánto te quiero! No esperemos a mañana —siguió después de una pausa—. Estoy deseando ir a verlo.

Cuando llegaron a la fábrica y estuvieron frente a la puerta del despacho que Betty debía ocupar, la estrella quedó gratamente sorprendida. Una placa dorada en la puerta con esta inscripción: «Betty Briskin, Vicepresidente».

—¡Oh, Ted! Eres encantador —exclamó, colgándose de sus hombros y besándole jovialmente.

—Conoces lo suficiente de cámaras para poder darte el nombramiento de vicepresidente sin ningún temor.

—A veces en los estudios arreglo las cámaras —confesó ella, con un gracioso guiño.

—Lo sé, Betty. El otro día me lo contaba uno de los electricistas cuando fui a recogerte. Me dijo: «Tiene usted una mujer maravillosa, no hay otra como ella en los estudios; no es nada orgullosa.

Habla con nosotros, simples empleados, y nos pregunta por nuestras familias con verdadero interés. Además, entiende un rato de cámaras fotográficas.»

—¿Y no te dije que cuando hablo de ti, digo que eres el mejor marido del mundo?

—Algo de eso he oido, pero soy lo suficientemente humilde para no repetirlo —contestó. Y luego, más serio, cuando Betty tomó asiento en la mesa que él había dispuesto para ella, Ted se sentó sobre el brazo del sillón que ocupaba su esposa y continuó con un deje de amargura—: Querida, quisiera que nuestro matrimonio fuese un éxito y a veces temo por él. Discutimos demasiado...

—Es cierto, Ted. Y el caso es que no puedo evitarlo. Sé que tengo un carácter impulsivo que en determinados momentos me traiciona con lo que más quiero. Trata de comprenderme —dijo ella con suavidad, con ternura.

—En el tiempo que llevamos casados no hemos hecho otra cosa que pelearnos y reconciliarnos. ¿Por qué no dejas los Estudios? —imploró él—. ¿Por qué no te dedicas a ayudarme en mi trabajo y te retiras de tu arte? Estás nerviosa, variable y agotada. No te lo exijo pero sería preferible que te retiraras. Los dos lo necesitamos, por nuestra propia felicidad.

La voz de Ted era casi una súplica.

—No puedo defraudarles, son demasiados compromisos. Tengamos paciencia. Si tú me faltases sería muy desgraciada. Eres lo mejor que hay en mi vida. Quiero estar llena de buena voluntad para salvar nuestro amor. Cuando yo grite, gritame tú más fuerte. Sabes que te quiero mucho.

Ya apenas se veía en la habitación. Era un momento íntimo para Ted y Betty. Guardaron silencio, con las cabezas muy juntas y las manos enlazadas. Un reloj de una torre cercana dejó en el aire el eco de unas campanas graves y lentas y les hizo volver a la realidad.

Poco después se divorciaron y, en un intervalo de tres meses hicieron las paces otra vez. Finalmente, en 1952, el 25 de enero fue el divorcio definitivo. Betty alegaba que Briskin se interfería en su carrera.

* * *

Pero Betty no pudo vivir mucho tiempo sin un idilio. Pronto se anuncia su noviazgo con el productor Norman Krasna, y más tarde con el actor Robert Stirling. Los dos hombres son apenas un momento en su vida sentimental, luego sucede un nuevo encuentro. Betty tiene que filmar «Somebody Lovee Me» una de sus mejores películas Su profesor de baile para esta cinta es Charles O'Curran. Pronto surge entre los dos el idilio y deciden casarse en seguida. Es una noche de otoño de 1952, Charles y Betty están uno frente a otro cenando, rodeados de sus compañeros de rodaje, y permanecen ausentes en medio de todos ellos. O'Curran toma la mano de Betty y le dice muy bajo:

—¿Quieres que nos casemos?

—¿Cuándo? —pregunta Betty, impulsivamente.

—Mañana mismo. Esta noche si es posible — contestó él.

—¿Y cómo, Charles?

—Tomemos ahora mismo un avión para Las Vegas...

—¡Hecho!

—Voy a telefonear al aeropuerto. Espera un momento —dice él mientras se levanta y besa la punta de la nariz de su rubia prometida.

A la mañana siguiente nadie sabe dónde encontrar a Betty y a su profesor de ballet. Han desaparecido sin decir nada. A la una del mediodía, mientras todavía se preguntan en los Estudios por su paradero, Betty y Charles O'Curran, ya casados, emprenden su viaje de bodas no sin antes comunicar a Hollywood la noticia de su matrimonio.

Esta nueva unión fue todavía más agitada que la primera con Briskin. O'Curran era de temperamento violento, muy semejante al de Betty. Charles había montado un número de baile para ella, y en él actuaban juntos. No era extraño verles discutir en presencia de los otros compañeros de trabajo, que bailaban en el número con ellos. Sus dos voluntades se enfrentaban con animosidad constante, en la vida profesional y en la vida privada, y ninguno de los dos era capaz de transigir. Las reyertas son cada vez más frecuentes y violentas, el más mínimo de los motivos les enfrenta. En la Florida, Betty Hutton abandona la escena en donde actuaba con Charles y Sofia Tucker; en Washington, ensayando ella uno de sus números, de pronto la voz de Charles irrumpió el teatro:

—¡No es así, Betty! ¡Muy mal!

—No tienes idea de lo que dices —contesta ella nerviosa, sin dejar de bailar al mismo ritmo.

—La que no tiene idea eres tú. El día que te procures un título académico aceptaré tus enseñanzas. Mientras, te aconsejo que te dejes guiar por mi inteligencia —contesta él, irónicamente, con una serenidad que produce en Betty un efecto contraproducente.

—Señor profesor, he aprendido las primeras letras entre canciones y sé muy bien lo que ballo y por qué lo ballo así —grita indignada ella.

—Pero es que no ves que tus pasos no están acordes con la música? No comprendo en qué piensas para no advertirlo.

—Es cierto. Estoy pensando que eres odioso y que estoy cansada de tus lecciones insoportables —terminó en un sollozo Betty, bajando del escenario—. ¡Ah! Y si vas a casa no me busques. ¡Me marcho a Nueva York! ¡Eres un pedante insufrible! No piensas más que en tí mismo.

—Yo también estoy cansado de esta vida contigo. Es un infierno. No puedo tener más clientes que tú y ni a ti permites que te enseñe. Soy profesor de baile por vocación, pero no tienes tú la exclusiva de mis servicios. Tengo derecho a trabajar con quien quiero, y no consentiré ni un minuto más que te mezcles en mis determinaciones, como si te perteneciese.

Betty se marchó a casa de unos amigos de Nueva York. Todavía no se produjo el divorcio. O'Curran tuvo que encargarse de la producción de unos números musicales cuando Betty hizo su debut en la televisión. La propia Betty se lo había pedido.

—Te agradeceré que estos cuatro días que faltan para la inauguración de las emisiones estés nada

más dedicado a mí —le dijo.

—Encantado, Betty —asintió caballerosamente Charles.

El caso es que le obligó a que permaneciera prácticamente encerrado en su casa y Charles vio colmada su paciencia. Se separaron veinticinco meses después de su matrimonio, en abril de 1954. Al año siguiente, fue fallado el divorcio, cuando ya Betty comenzaba a sentir la atracción de Aland Livingston, que también estaba a punto de separarse de su esposa Elaine.

—Livingston era amigo nuestro —declaró O'Curran amablemente—. Un muchacho simpátísimo. Conoció a Betty hace cinco años, cuando ella grababa discos para la «Capitol».

Y entonces sucedió algo insospechado para Betty: su fracaso en la televisión. La estrella reaccionó de forma tal que sufrió una crisis nerviosa de depresión alarmante. Fue inútil que la tranquilizasen con buenas palabras. El mismo López se lo había dicho: «Eso podía haberle sucedido a cualquiera...»

* * *

...«Eso podía haberle sucedido a cualquiera»... —han sido las últimas palabras que Betty ha escuchado de su consejero cuando ha dado su adiós a los escenarios.

Betty está sentada en un butacón amarillo, sola en su habitación, con el álbum de Marion entre las manos y allí, junto a ella, a sus pies, las maravillosas rosas que la dirección del «Desierto Indio» de las Vegas le ha ofrecido en una

gran bandeja de cristal de Francia. Mientras su imaginación ha corrido vertiginosamente su vida pasada, Betty no ha intentado detener sus lágrimas. Ahora el álbum descansaba también a sus pies, junto a las rosas. Y de pronto unos golpes secos en la puerta de su habitación:

—¡Abre, Betty! Soy Aland. Necesito hablar contigo.

Betty se levanta y abre la puerta con cansancio. La vista de Aland le pareció en aquel momento como una tabla salvadora en medio de un océano ennegrecido. Casi había olvidado a Aland Livingston, su último amor; había olvidado que él estaba allí y que no se encontraba sola; la noche anterior le había prodigado frases bonitas, ahora le parecía recordar aquellas frases.

—Cariño, he venido en cuanto he sabido lo que había ocurrido. No quiero verte así, Betty. Me tienes a tu lado para protegerte y volverte a ti misma.

—No quiero regresar a los escenarios, estoy fatigada, cansada de trabajar, extenuada.

—Precisas un buen descanso. Betty, no quisiera ser inoportuno, pero acabo de escribir una carta a Elaine para que me autorice a divorciarme en Méjico. Vámonos a Acapulco, y una vez conseguido el divorcio nos casaremos y te tomarás unas buenas vacaciones.

Betty no contesta, no dice nada. De pronto, se siente como una niña pequeña en los brazos fuertes de Livingston, y llora calladamente.

Todavía Betty pasa diez días en casa de su hermana Marion, en Las Vegas y luego regresa a Hollywood. Betty sigue convencida de que se ha

retirado de los escenarios y afirma:

—No hay nada más que el dinero en la vida. Estoy cansada de trabajar. He de abandonarlo; hasta ahora no he tenido tiempo de ocuparme de Lindsay y Candy. No he tenido ese derecho y ahora quiero consagrarme a ellas. Son treinta años de trabajo.

Unos días más tarde, Livingston va en su busca:

—He recibido el consentimiento de Elaine para obtener el divorcio en Méjico.

Ya en Méjico, contraen matrimonio. Para Betty su nuevo enlace podía significar la felicidad y el sosiego; necesitaba el apoyo de Aland, su fuerza y su cariño hacia ella.

Betty se encontró a sí misma en su unión con Aland Livingston. La vuelta a los escenarios no le parecía ya una idea disparatada; se acostumbró a pensarlo. Aland estaba a su lado, y las caritas infantiles de Lindsay y Candy eran la mejor manifestación de ternura que podía desear. No se detuvo a pensarlo: volvería a los escenarios porque se consideraba segura; porque sabía que el creerse acabada no era más que una perspectiva angustiosa y deprimente de los momentos en que se consideraba desgraciada; y porque ahora era feliz y la vida tenía un nuevo valor para ella.

Su éxito fue fabuloso: la noche de su presentación acudieron a verla todos sus amigos, todo aquel público que siempre creyera en ella. Bailó y cantó como si lo hiciera por primera y última vez, y un delirio de aplausos respondió a su entusiasmo, a su vitalidad y a su arte que permanecía en el mismo sitio, como si nada hubiera sucedido.

Así es BETTY HUTTON

A Betty acababan de regalarle un anillo de elevado precio, pero las amigas con quienes se había reunido aquella tarde charlaban y charlaban sin darse cuenta de la existencia de la alhaja que ella tanto deseaba lucir. Por fin Betty se puso en pie exclamando:

—¡Uf! que calor hace aquí! Me parece que voy a quitarme el anillo.

* * *

En su época de penuria, Betty se compró un vestido a plazos, indispensable para sus primeras presentaciones en público. Pero las cosas andaban mal y empezó a atrasarse en los pagos. Un día recibió una carta de la sociedad de ventas a crédito:

«Estimada señorita: ¿Qué dirían sus vecinos si nos presentáramos en su casa y le quitáramos el traje que nos debe?»

Pocos días después, los vendedores recibe-



ron la respuesta de Betty:

«Muy señores míos. He tratado del asunto con mis vecinos y todos opinan que sería una canallada.»

(Caricatura de Muntoñola)



án a la venta!

HEPBURN. — Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.

Una vida, UNA NOVELA



VITTORIO GASSMAN. — Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.

Una vida, UNA NOVELA
AUDREY HEPBURN



DESCUBIERTA
POR LA ESCRITORA
COLETTE.
CONFERENCIA
EXITO MUNDIAL CON
"GIGI"
ESTRENA EN ROMA
"LA VIDA DE ANTONIO"
TRES VECES CONQUISTA A
LA JOVEN ESTRELLA.

2

KIRK DOUGLAS. — Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.

Una vida, UNA NOVELA
VITTORIO GASSMAN



UN HOMBRE DOTADO
PARA EL ARTE
ESPECTACULAR
"ARROZ AMARGO"
Y ANGEL DIERON
A CONOCER
"SE CASO COMISO
POR INTERES"
-Dijo Shelley
Winters

2

TITULOS EN PRENSA

JOSEPH COTTEN



Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el anhelo de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.

LORETTA YOUNG

Esta encantadora estrella que vemos todavía en papeles de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. «La vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.



GLENN FORD



El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Después de su matrimonio con la actriz Eleonor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.

LANA TURNER



La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «sweetie», le dan fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.